

ENTRE LA GLOBALIZACION Y LA MUNDIALIZACION DE LATINOAMERICA

Dr. Ignacio Medina Núñez

CAPÍTULO en el LIBRO **Globalización, educación y cultura. Un reto para América Latina**. José Manuel Juárez Núñez / Sonia Comboni (coordinadores). Colaboración con el capítulo: "**Entre la globalización y mundialización de Latinoamérica**". Pag. 23-38. Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Xochimilco. México, D.F. **2000**.

Los grandes Estados se han convertido en grandes Estado precisamente porque se hallaban preparados en todo momento para insertarse eficazmente en las coyunturas internacionales favorables, y éstas lo eran porque representaban la posibilidad concreta de insertarse eficazmente en ellas. Gramsci, 1973:30

El fenómeno de la globalización se nos presenta como una fase nueva del largo proceso de la internacionalización del capital, que se amplió notablemente durante los siglos XVIII y XIX. Marx formuló acertadamente que con el modo de producción capitalista, la historia se estaba convirtiendo en historia universal al convertirse precisamente el capitalismo en el único sistema productivo que estaba llegando a dominar mundialmente: AEs poleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes. Mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países \cong (Marx-Engels, 1978:34). Pero también en ese tiempo, el fenómeno internacional no solamente se daba desde la perspectiva del capital sino que también ofrecía nuevas condiciones para la organización de los trabajadores; un ejemplo de ello fue la creación de la Asociación Internacional de los Trabajadores o la repercusión mundial de la gesta de los llamados Amártires de Chicago \cong para la conmemoración casi universal del día del trabajo el primero de mayo de cada año o el conocimiento universal de la experiencia tan importante y sugerente de la Comuna de París.

Diversas fases o períodos se han sucedido dentro del desarrollo del sistema capitalista mundial, a la manera como, por ejemplo, Hilferding hablaba del capital financiero a principios del siglo XX o como Lenin mencionaba al imperialismo como fase superior del capitalismo o también las etapas que hemos conocido como "Taylorismo" o "Fordismo" dentro del desarrollo científico-tecnológico en la producción industrial durante varias décadas. En este contexto, el llamado fenómeno de la globalización data de los años 70s y coincide con el

llamado modelo neoliberal inspirado tanto en F. Hayek como en la escuela de Milton Friedman. Desde esta perspectiva, nosotros concebimos la globalización no como la simple continuación de la internacionalización del capital sino como una nueva fase que se caracteriza, en lo económico, por el crecimiento acelerado de las empresas multinacionales y por la flexibilización productiva y comercial y, en lo político, por la crisis del estado del bienestar y propuestas para el adelgazamiento del aparato estatal. Su punto de partida fueron las crisis económicas mundiales que se expresaron claramente en aquel fenómeno de la 'estacflación' (inflación y recesión simultáneas) que llegó a explotar en los años de 1972 y 74.

“El fenómeno de la multinacionalización de la economía se ha desarrollado de manera espectacular. En los años 70, el número de multinacionales no pasaba de algunas centenas; en adelante llegó a 40,000... Y si consideramos las cifras globales de las 200 principales empresas del planeta, su elevación representa más de un cuarto de la actividad económica mundial; sin embargo, estas 200 empresas no emplean más que 18.8 millones de asalariados, menos del .75% de la mano de obra en el planeta... Las cifras de la General Motors son más grandes que el Producto Nacional Bruto de Dinamarca; las cifras de la Ford son más importantes que el PNB de Africa del Sur; las de Toyota sobrepasan el PNB de Noruega. Y este es el dominio de la economía real, la que produce e intercambia bienes y servicios concretos” (Le Monde Diplomatique. Ramonet, 1997). Ante este fenómeno, los estados nacionales han disminuido notablemente su poder de influencia, porque la globalización está matando los mercados nacionales. Estamos presenciando el desarrollo de una nueva fase del capitalismo con menos bases nacionales y con más características trasnacionales y metaterritoriales.

Si bien, con esto, tenemos elementos para concebir la globalización como otro intento de maximización de las tasas de ganancia de los controladores de los medios de producción, manifestados sobre todo en las empresas y corporaciones multinacionales, también existen suficientes elementos para concebir este fenómeno como una oportunidad para un desarrollo más equilibrado para los países antes llamados tercermundistas. Tenemos también el ejemplo del subcomandante Marcos en México, quien no cesa de satanizar al neoliberalismo concibiéndolo como el nuevo sistema mundial de los mercados financieros de los países industrializados que quieren dominar con sus preceptos todos los rincones del planeta, pero él mismo ha estado utilizando las ventajas de la comunicación global a través de los medios electrónicos en función de su propio movimiento. Por ello, hay que tratar de enfrentar el fenómeno, no sólo caracterizando sus nefastas consecuencias sino también con propuestas en la perspectiva de mejores aspiraciones sociales.

Sin embargo, ¿es posible concebir el proceso de globalización también como una coyuntura de oportunidades que permita también el planteamiento de otro modelo de desarrollo y por tanto, con posibilidades para una mejor sociedad

humana?

Esta nueva fase del modo de producción capitalista es un proceso que tiene rasgos irreversibles para el desarrollo de la humanidad, que podrían ser aprovechados también en estrategias diferentes al dogma del libre mercado neoliberal. Una cosa, por ejemplo, parece quedar clara aun para la extensa variedad de ideologías de izquierda: los modelos de economías cerradas y centradas sólo en la nación no tienen perspectiva en las nuevas condiciones, de tal manera que una estrategia de supervivencia centrada en resucitar el modelo cerrado del Estado-nación con sus estructuras simbólicas, legales y políticas ya resulta inviable (Cfr. Touraine, 1997); el mundo marcha necesariamente a una mayor interdependencia e integración, y dentro de ese proceso es donde surge la necesidad de formular mejores estrategias de desarrollo; las estrategias de la flexibilización y la modificación estructural de la forma de Estado-nación se han convertido en una necesidad dentro de la nueva etapa que vive la humanidad (Cfr. Medina, 1998:23-45).

De hecho, podemos diferenciar dos vertientes en la inevitable globalización: una, las oportunidades que presenta; otra las terribles consecuencias que está trayendo sobre las economías de los países llamados subdesarrollados. Quiriendo distinguir una y otra vertiente, Emilio Maspero, secretario general de la Confederación Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), quiere diferenciarlas en dos conceptos distintos: el primero lo concibe como mundialización, y al segundo como globalización. “El término mundialización se elaboró en los países latinos inicialmente con un significado más bien geográfico; mientras que el término globalización se creó en los países anglosajones con una carga ideológica disfrazada. La mundialización es la aldea planetaria provocada por el acercamiento de los hombres y de los lugares a causa de la abolición de las diferencias y por la información generalizada. Es la fase superior de la internacionalización de la vida humana, económica, social, política, cultural y de la interdependencia entre los países y los continentes. La globalización que ahora rige el proceso de mundialización es un fenómeno de índole ideológica, que se inspira en determinadas ideas y políticas y se mueve por determinados actores e intereses geoeconómicos y políticos y apunta a imponer un nuevo orden al proceso de la mundialización” (Maspero en AUNA, 15-III-1999). Explicando más esta diferencia, añade que “el fenómeno de la mundialización es inevitable y bien orientado puede llevar a crear un nuevo orden mundial más libre, democrático, más humano, más justo y solidario en el marco extraordinario de la efectiva unidad de la familia humana... La globalización actual es el resultado de ideas predominantes, de actores claves, de poderosos intereses geoeconómicos y geopolíticos, de decisiones políticas y económicas tomadas en los actuales centros de poder mundial y en las grandes instituciones financieras y comerciales” (Maspero, Idem). En otras palabras, se podría decir que la globalización es la forma salvaje del capitalismo, que intenta llevar la mundialización sólo en beneficio de las corporaciones multinacionales. También podríamos definir la globalización como una mundialización practicada

desde las reglas del modelo neoliberal.

Cada vez se hace necesario distinguir estas vertientes como lo hace también Samir Amin al hablar, por un lado, de una “mundialización desenfrenada” que está hegemonizada por la ideología neoliberal extrema sobre todo en la última década del siglo XX y, por otro lado, al poner su esperanza en que tal característica sólo sea Aun paréntesis en la historia≅ debido a que el sistema podría no ser autodestructivo debido a que la razón humana puede tener mayor peso que la sola economía de mercado (Amir, 1996).

Sin embargo, aunque esta diferencia entre conceptos es esclarecedora, no siempre se logra un entendimiento universal. Diversos académicos en el mundo, por ejemplo, utilizan el concepto de mundialización de manera equivalente para ejemplificar precisamente todo lo peyorativo de la globalización; Ignace Ramonet menciona los regímenes globalitarios recordando a los regímenes totalitarios y señala que “estos fenómenos de la mundialización de la economía y de concentración de capital, tanto en el Sur como en el Norte, quiebran la cohesión social; empeoran en todas partes las inequidades económicas que se acentúan en la medida en que aumenta la supremacía de los mercados” (Le Monde Diplomatique, 1997). Pero en Europa misma se discute si la mundialización es inevitable y diversas posiciones plantean el intento de poner la economía mundial al servicio de la sociedad.

En este artículo, optamos por las tesis de Emilio Maspero (AUNA, 15 marzo 1999) al distinguir globalización y mundialización. “El neoliberalismo que está en la base doctrinal de esta globalización, ha demostrado con creces que tiene una dinámica perversa, ya que su aplicación práctica inevitablemente concentra y excluye, generando una especie de darwinismo social implacable y que ahora impacta a toda la humanidad. Una muestra de la hiperconcentración de la riqueza y de las finanzas la hizo el informe del PNUD... (de la ONU, del año 1997), cuando demostró que unos 358 individuos disponen de más recursos que casi la mitad de la población del mundo” (Maspero, AUNA, 15-III-1999:3). Ese informe del PNUD ofrece datos muy asombrosos sobre esta situación. Además, la superconcentración de la riqueza es fácil de constatar con cifras proporcionadas por los mismos países desarrollados, como lo cita la revista Forbes, de Junio de 1999: para el caso de México, los 7 hombres más ricos del país poseen una fortuna valuada en 20,400 millones de dólares, cantidad que es similar al ingreso anual percibido por todos los mexicanos, que de acuerdo con la Encuesta Ingreso-Gasto elaborada por el INEGI, suma 22 mil 600 millones de dólares al año; en el nivel mundial sobresale el estadounidense Bill Gates, creador del software Microsoft, con una fortuna valuada en 90 mil millones de dólares, una suma que casi duplicó la que tenía en 1998, que fue de 50 mil millones de dólares. Esta concentración de la riqueza tiene que ver directamente con el crecimiento de la pobreza.

Otro ejemplo en Latinoamérica lo podremos encontrar en Argentina en los

períodos de Carlos Menem, que es una muestra de los efectos del capitalismo neoliberal, si nos atenemos al testimonio de la Central Trabajadores Argentinos (CTA): nos dice Víctor de Gennaro, el secretario general al hacer un balance de la última década, en una entrevista que le hizo el coordinador del SIENA, Carlos Suárez: “fueron diez años nefastos para el país, con la aplicación sistemática del modelo económico, político, social, cultural del "sálvese quien pueda", que deja un retroceso muy alto en la calidad de vida de nuestra gente, para todo el país y, en especial, para los trabajadores. La desestructuración de la economía convirtió a nuestro país en productor de alimentos primarios, sin valor agregado. La entrega y el desguace de las empresas estatales y la imposición de una ideología cada vez más dependiente de los centros ideológicos y políticos del poder llevó a nuestro país a un retroceso grandísimo. Por lo tanto, ha sido un fracaso para la mayoría. No para los vivos que han concentrado riquezas y que hoy, a pesar de estas dificultades masivas, se han enriquecido a costa de la miseria y el crecimiento de la pobreza y la desocupación en la Argentina. Cien chicos por día, menores de 5 años, se mueren por causas evitables: el hambre. Que pase eso en la Argentina, que es exportadora de alimentos, creo que es el más claro ejemplo de la perversidad de este sistema. Y la clase trabajadora sufrió un retroceso altísimo en la participación en el ingreso nacional, en la persecución y desestructuración de la familia. La desocupación es un instrumento que atemoriza, se utiliza como terror en un sistema que permite que haya dos millones de desocupados, siete millones y medio de trabajadores precarios, sojuzgados, sin seguridad social, con jubilaciones miserables y donde aquel que tiene trabajo está siempre con la posibilidad de perderlo. El terror a la desocupación ha sido instrumentado. Si uno ve esta década desde la perspectiva de la calidad de vida de nuestra gente, ha sido un tremendo retroceso” (SIENA, No.13, 6 julio 1999).

Si queremos explicitar aún más el fenómeno de la globalización, tenemos que acudir a los principios que la rigen que son los siguientes: poner en función de la ganancia de las multinacionales todos los adelantos científicos y tecnológicos; llevar la competencia al extremo entre empresas desiguales; la tendencia a la liberación total de los mercados; dejar la orientación de la economía a la mano invisible del mercado; privatizar la economía y flexibilización de las regulaciones estatales para favorecer la inversión privada. El modelo no se encuentra sólo en principios sino también en proyectos específicos como la Organización Mundial del Comercio (OMC) que en 1994 supuso una gran victoria para las multinacionales, las cuales, a partir del Grupo de los 7 (G-7), han querido desde 1997 impulsar el llamado Acuerdo Multilateral de Inversión (AMI), que supone precisamente el proyecto más reciente para impulsar la economía global eliminando en todo el mundo las barreras a la inversión financiera. “En la conferencia de mayo de 1995, los países de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) decidieron iniciar las negociaciones sobre el AMI,... Las negociaciones oficiales se iniciaron en septiembre de 1995 y poco después comenzó el proceso de atraer a estados no miembros de la OCDE... El AMI ha sido engendrado en la OCDE, una

organización intergubernamental compuesta por 29 de las naciones industrializadas más ricas del mundo, con sede en París, pero está pensado tanto para ellas como para los países del Tercer mundo” (AUNA, 3 mayo 1999). La misma Unión Europea, cediendo a las presiones de Washington, ha estado avanzando en la ratificación de las cláusulas del AMI, que pretenden la supremacía de las inversiones de los organismos financieros internacionales para quebrar las regulaciones y obstáculos nacionales.

¿Qué hacer con los problemas sociales generados por este modelo? De hecho, en la Cumbre social realizada en Copenhague, del 6 al 12 de marzo de 1995, con la participación de 185 países, organizada por la ONU, la tesis expresada por Al Gore, vicepresidente de los Estados Unidos, fue muy clara para reafirmar el modelo neoliberal en su intento de enfrentar a nivel mundial el problema de los 1,300 millones de pobres que la misma ONU admite que existen en el planeta: su propuesta fue “la liberalización comercial y la apertura de mercados como camino sine qua non para superar la pobreza”, como si el crecimiento de la riqueza de empresarios y comerciantes fuera a traer de manera automática el mejoramiento del nivel de vida a la población en general. La respuesta a los problemas sociales parece que de nuevo se le deja a la mano invisible del mercado, mientras que se sigue consolidando el núcleo de la tripolaridad geoeconómica mundial, que se reparte el 71.9% del producto grupo global del planeta: La Unión Europea (29.3%), Estados Unidos (25.2%) y el Japón (17.4%), según datos del Financial Times (2-IX-1998).

En el caso de los países latinoamericanos, estamos viviendo, además, una profunda crisis económica, política y de valores, de dimensiones tal vez nunca antes vista en la época contemporánea. De esta crisis no está emergiendo un esquema nuevo, liberador de la opresión colonial. Al revés, se está afianzando ese modelo neoliberal que está reforzando la dependencia acentuando las diferencias socioeconómicas entre los diversos grupos de la población. A los antiguos problemas no resueltos de la inequitativa distribución del poder, la riqueza y los ingresos, se vienen a sumar ahora los embates de la doctrina neoliberal contra el Estado, el peso de una deuda externa que resulta intolerable, la disolución de culturas autóctonas y la inserción forzada de nuestras sociedades en el proceso homogenizador del capital y la cultura transnacionales, así como la polarización creciente al interior de las naciones latinoamericanas.

La inserción de América Latina en el sistema mundial se ha ido produciendo, pero en términos que no han sido los más convenientes para los pueblos de esas naciones. Por el contrario, los términos de la inserción han sido dictados por los propios países industriales, por los grandes consorcios financieros, industriales y comerciales del mundo industrializado en detrimento de las economías de los países atrasados. Simplemente en el caso de México, por un lado, se desmoronó la economía nacional en diciembre de 1994, debido al capital especulativo que huyó del país al terrible déficit en la balanza

comercial, y por otro lado, se ha seguido acentuando la polarización creciente al interior de los grupos sociales de las naciones latinoamericanas. En México, en ese mismo año de 1994, por ejemplo, “El número de mexicanos supermillonarios -24 empresarios...- refleja un crecimiento geométrico si se considera que en 1991 figuraron únicamente dos, al año siguiente esa cifra se elevó a 7 y en 1993 llegó a 13, lo que significa que en 1994 otros 11 acumularon una riqueza que, en moneda nacional, equivale a por lo menos 3 mil 390 millones de nuevos pesos per cápita, al tipo de cambio de ese momento. México produjo el mayor número de ciudadanos inmensamente ricos en América Latina durante los últimos 4 años de la administración salinista y ocupa el cuarto sitio entre los países con más multimillonarios, después de Estados Unidos, Alemania y Japón” (Monroy M., 1995:27). Este proceso se siguió profundizando en años posteriores y por ello encontramos en 1999 que la ya citada revista Forbes (en su número del mes de junio) nos presenta de nuevo a los supermillonarios latinoamericanos encabezados por el mexicano Carlos Slim, de Teléfonos de México, elevando su fortuna a los 8 mil millones de dólares, mientras que el presidente Ernesto Zedillo reconoce que a fin del siglo ya existen 26 millones de mexicanos en la extrema pobreza.

Las consecuencias de este modelo neoliberal las estamos experimentando con claridad. La población latinoamericana con 453 millones de habitantes, contiene un 32% de hombres y mujeres en la pobreza, según el SELA, en 1993. De esa población, un 10% se encuentra en desempleo abierto y cerca de un 50% de la población económicamente activa se encuentra en el subempleo. La situación está muy lejos de resolverse bajo la perspectiva de este modelo. Simplemente los 196 millones de latinoamericanos que viven en la pobreza (con ingresos inferiores a los 60 dólares mensuales, de entre los cuales hay 94 millones en situación de extrema pobreza) y el peso ingente de una deuda externa de alrededor de 530 mil millones de dólares no han encontrado opciones de salida en este modelo; al contrario, en las dos últimas décadas tanto la pobreza de los habitantes como la deuda externa se han incrementado de manera notable, paralelamente al crecimiento de las fortunas de un puñado de millonarios. “Los costos sociales del neoliberalismo representan el talón de Aquiles de una política generadora de enormes desequilibrios y de un desaliento que en cualquier momento puede transformarse en una protesta masiva expresada en una gran diversidad de formas” (Monroy M., 1995:13).

Otro ejemplo de los efectos aterradores de la globalización neoliberal es la desatención práctica de la educación pública como responsabilidad tradicional del Estado en Latinoamérica; dentro de los programas tradicionales de ajuste se encuentra el recorte del presupuesto dedicado a la educación en sus diferentes niveles, que parece no entrar en las prioridades de este modelo debido a su atención fundamental a la liberación comercial; se han olvidado de aquellas palabras de Aristóteles en el siglo IV a.c.: “dondequiera que la educación ha sido desatendida, el Estado ha recibido un golpe funesto” (Aristóteles, 1993:143). Lo contradictorio resalta en las políticas prácticas de los organismos financieros

internacionales: mientras que el presupuesto educativo en los países industrializados sigue los parámetros de desarrollo señalados por la ONU, en los países subdesarrollados, la diferencia es abrumadora porque se obliga a los gobiernos a enfocar sus prioridades a otras áreas, desamparando la educación, la salud y otros servicios públicos.

Ante el pesado avance de la globalización, ¿es posible pensar en la mundialización como alternativa de desarrollo? ¿Cuáles son las posibilidades que nos ofrece para no pensar en un nuevo destino manifiesto de una América Latina subordinada totalmente a los bloques monetarios?

Muchos gobiernos de América Latina están descartando en la práctica, al acercarse el comienzo del siglo XXI, el ideal bolivariano de la integración horizontal de una gran patria con desarrollo interno equilibrado para desembocar en una situación de subordinación hacia los Estados Unidos. Varios gobiernos avanzan en sus proyectos reales hacia otro tipo de integración que se representa en el modelo de la Alianza para el Libre Comercio de Las Américas (ALCA) a través de los acuerdos del Tratado de Libre Comercio (TLC) y de las dos primeras cumbres de Las Américas (Miami en 1994 y Santiago de Chile en 1998). El ALCA representa el marco específico de la globalización latinoamericana y el camino señalado para su asimilación (no integración) a la dinámica del bloque monetario norteamericano. Pero precisamente a través de proyectos como el TLC se han encontrado nuevas oportunidades; si bien es cierto que la globalización tiende a deprimir más las condiciones laborales de los asalariados, también es cierto que se han creado nuevas situaciones de convergencia entre organizaciones laborales, con alianzas explícitas entre sindicatos de diversos países: “el nuevo internacionalismo sindical estará comprometido con prever el comportamiento del capital multinacional y anticiparse a sus decisiones, participando en ellas con propuestas y opciones a través de la negociación `globalizada’” (Hernández J., y López, 1993:129).

Después de la terrible etapa de las dictaduras militares latinoamericanas por varias décadas (alrededor de dos décadas de ilegalidad, represión, tortura y continua violación de los derechos fundamentales del ser humano en numerosos países del continente), desde los años 80s existe una transición hacia gobiernos civiles electos en procesos electorales. Haber pasado de los regímenes militares de la década del 70 y del 80 -con sus graves características de guerra contrainsurgente, represión, asesinados y desaparecidos políticos- a los gobiernos civiles ha sido una enorme conquista. En este contexto, podemos reconocer que los países de América Latina han logrado ciertos avances significativos aunque carecen todavía de perspectivas hacia el futuro, en las actuales condiciones socioeconómicas del modelo imperante.

Los avances se pueden ejemplificar a través de determinados consensos, que están logrando más adhesiones, aun entre aquellos grupos que se les oponían abiertamente. Estos avances pueden ser los siguientes: la necesidad de

procesos electorales creíbles y el consenso por la democracia, el diálogo y la negociación para resolver los conflictos, la creciente participación de la sociedad civil, la defensa de los derechos humanos y las tendencias a converger en procesos de integración aprovechando las posibilidades que ofrece la informática y la internacionalización de los procesos productivos. Y estos avances se insertan necesariamente en el proceso de mundialización como un proceso irreversible y necesario, porque actualmente ya no es posible concebir economías nacionales aisladas sino interdependientes y coordinadas, con reglas de convivencia más comunes.

Retomamos de nuevo las ideas de Emilio Maspero cuando, en el marco necesario de la mundialización, habla de la necesidad de “realizar un proyecto propio los latinoamericanos y caribeños que genere una arrolladora dinámica centrípeta... Y esta respuesta y propuesta ya está en marcha y es una realidad. Ya tiene un nombre y un emblema: es la comunidad latinoamericana y caribeña de las naciones. Es el sueño de Bolívar que se hace realidad en la patria Grande latinoamericana” (Maspero, en AUNA, 15-III-1999).

Al querer profundizar en esta propuesta, encontramos por parte de América Latina no un rechazo a la mundialización sino una manera propia de enfrentarla a través de los procesos de integración. No se trata entonces simplemente subirse a la Alianza para el Libre Comercio de las Américas (ALCA), la cual, según los documentos de la II Cumbre de las Américas en Santiago de Chile en marzo de 1998, tendrá una primera concreción en el año 2005; se trata de un proyecto de integración con características latinoamericanas, no subordinado al destino manifiesto del Norte. Mientras que el ALCA representa la globalización, “el otro proyecto es de índole y alcances comunitarios; su raíz está en el sueño de Bolívar y de los principales paladines de la independencia política del siglo pasado. Es el proyecto de la segunda independencia de América Latina y del Caribe que completa, profundiza y culmina la independencia política como una nueva forma de independencia nacional, social y cultural no cerrada sobre la geografía de la región sino abierta a todo el mundo. Es la mejor respuesta y propuesta para una inserción activa, creativa con nuestra propia identidad y determinante dentro de un inevitable proceso de interdependencia mundializante” (Maspero, idem).

El camino para una integración equilibrada en América Latina, para algunos puede no parecer nada claro en sus características específicas al finalizar el siglo XX, pero es una gran falsedad el afirmar que no hay alternativa más allá de los severos programas de ajuste que hemos sufrido en todos los países en las dos últimas décadas del siglo XX: privatizaciones, recorte de presupuesto del gobierno en gasto social, desaparición drástica de los subsidios en productos que ahora se cobran caro a la población de manera directa, control de los salarios para que nunca se eleven al nivel de la inflación, apertura comercial indiscriminada en detrimento de empresas que producen para el mercado interno, mayor endeudamiento como único camino para conseguir

liquidez, desempleo y subempleo como consecuencia de los ajustes, etc. Ciertamente estamos dominados actualmente por el modelo neoliberal de la globalización, puesto que se ha sacralizado al libre mercado y se ha dejado a la "mano invisible" de Adam Smith como la única encargada de resolver los problemas sociales. Sin embargo, existen respuestas y propuestas aunque para los nuevos movimientos sociales sea más difícil la definición de un adversario debido a que el poder opresor se diluye en redes financieras, tecnológicas y de información muy amplias.

El nuevo modelo al que puede aspirar Latinoamérica no está completamente delineado pero sus elementos constitutivos pueden esbozarse en diversos elementos: democracia representativa real en un sistema competitivo de partidos; vigilancia de la sociedad civil sobre los gobiernos electos para que la corrupción y la violación de los derechos humanos no quede impune; reglas mínimas que controlen el flujo del capital especulativo; apoyo real a la industria nacional enfocada al mercado interno; indexación de los salarios a los ritmos de la inflación para garantizar el poder de compra de la población y alentar más el mercado interno; renegociación de la deuda externa; mayor cooperación cultural entre los países, y mantenimiento del Estado como rector de la economía pero con sus contrapesos reales en los otros poderes legislativo y judicial. Todo ello se debe englobar en el marco de un proceso ya en marcha de integración latinoamericana.

Existen propuestas diferentes a los programas severos de ajuste que se han estado imponiendo; el modelo neoliberal sólo mira hacia el Norte y sólo produce una mayor concentración de riqueza en unos pocos, agrandando la brecha con las grandes mayorías de la población, las cuales se encuentran sumidas en la pobreza. Lo que falta es una mayor participación de la sociedad civil y posturas más firmes de los gobiernos nacionales para enfrentar la globalización salvaje de los centros financieros internacionales e insertarnos con una identidad propia latinoamericana en el irreversible proceso de mundialización.

¿No es factible concebir, por ejemplo, las enormes perspectivas del flujo de la informática y las posibilidades de la educación en el proceso de mundialización? El desarrollo de la humanidad ha llevado en el siglo XX a una real internacionalización de las economías. La informática contemporánea, sobre todo a través de la radio y de la televisión, nos hace presentes, en minutos, lo que ha acontecido en el otro lado del planeta. Un país industrializado puede conocer el modo de vida de un país subdesarrollado y viceversa, lo mismo que cualquier región del planeta con respecto de la otra. Con ello, a pesar de nuestras fronteras regionales y nacionales, se está creando una conciencia de solidaridad universal y en especial con aquellos países que históricamente han mantenido cierta hermandad a través de lazos culturales o relaciones económicas y políticas.

La mundialización ha propiciado también un nuevo tipo de cooperación cultural y educativa que nos puede ayudar a vivir mejor juntos en este planeta. Dice, por ejemplo, el periodista español Fernando Vicario Leal, que “a finales de los años setenta... el proceso de transformación se inició en el mundo académico. Las universidades se incorporaron a los circuitos de cooperación y los planes de becas e intercambios estudiantiles abrieron paso a una mayor amplitud de criterios en el sector cultural. Se buscó organizar sistemáticamente programas de investigación, ampliar intercambios docentes, fortalecer hábitos de trabajo interdisciplinarios, un crecimiento tecnológico compartido, etc. Se fue creando en definitiva una `cultura´ del entendimiento y conocimiento conjunto como base para una cooperación más sólida, estable y que realmente ayudara a un desarrollo sostenible” (AUNA, 25 enero 1999). Este marco de cooperación ha sido profundizado de manera notable por las diversas cumbres Iberoamericanas realizadas año con año desde 1991, partiendo de una identidad común que representa “la síntesis cultural más grande de la humanidad” y que avanza para convertirse en una verdadera comunidad de naciones frente al resto del mundo. Aunque Iberoamérica es un concepto de integración muy reciente guarda enormes puntos de convergencia con el proyecto latinoamericano, y ambos difieren en su estrategia respecto del ALCA hegemónizada por Washington.

La mundialización de las últimas décadas, que se ha expresado en determinadas formas de apertura comercial entre diversos países, no ha hecho más que acelerar ese proceso de internacionalización cultural y económico que viene sobre todo en las últimas décadas del siglo XX con las tecnologías del satélite y del internet. La integración en esta perspectiva puede ser el futuro de Latinoamérica en el siglo XXI: una identidad cultural abierta al mundo con un proyecto propio de producción, desarrollo y mejor distribución de la riqueza social. Para ello, los latinoamericanos tenemos que convertirnos en sujetos y actores dentro del proceso de mundialización: “sólo podremos vivir juntos con nuestras diferencias si mutuamente nos reconocemos como sujetos” (Touraine, 1997).

Gramsci señalaba a principios del siglo XX que “el pesimismo representa el peligro más grave en estos momentos” (Gramsci, 1973:14) cuando experimentaba por un lado el ascenso del fascismo en Italia y por otro lado la división de los movimientos socialistas y comunistas; algo similar podríamos decir a finales del siglo con el avance de la globalización neoliberal, su peso oneroso sobre los países subdesarrollados y grandes sectores de la población y la falta de perspectiva que ocurre en numerosos grupos sociales. Pero al mismo tiempo también señalaba que “el único entusiasmo justificable es el acompañado por una voluntad inteligente, una laboriosidad inteligente, una riqueza inventiva de iniciativas concretas que modifiquen la realidad existente” (Gramsci, 1988:355).

Al igual que Samir Amin, creemos que el proyecto globalizador es un “paréntesis en la historia”; no tiene futuro a largo plazo aunque tiene mucho

presente. La razón fundamental es que esta “alternativa dominante, la alternativa neoliberal, -en todas sus versiones- ha generado en menos de 10 años una realidad que lejos de resolver los problemas del proyecto humanista, conforme corre el reloj, muestra que estos problemas se acentúan, que se extienden, que se agudizan. El más serio, el más grave de ellos, con implicaciones muy grandes para el futuro de la humanidad y para la sobrevivencia del hombre es el de la miseria, es el de la pobreza y la extrema pobreza, que está creciendo de manera tremenda, afectando todos los proyectos humanistas y liberales que vienen desde la Revolución Francesa y desde la Revolución de independencia de los Estados Unidos, y mostrando de nuevo que tras ellos se encierra y se mueve la realidad invencible de la explotación más irracional y cruel de hombres, pueblos y riquezas naturales, incluso del agua que bebemos y del aire que respiramos, de mares, bosques, mantos acuíferos, y reservas de energéticos” (González Casanova, 1992).

Hay que sumergirnos, entonces, en el mar de oportunidades que brinda actualmente la mundialización, especialmente a partir del proyecto de la comunidad latinoamericana de naciones, que puede recuperar el sueño de Bolívar en las nuevas circunstancias de finales del siglo XX. El proyecto de integración -construir las partes de un todo- no será por la vía de una subordinación panameicana en el ALCA sino por el camino de una cooperación cultural, política y económica entre naciones diferentes con una identidad común.

BIBLIOGRAFIA

AUNA, Análisis de coyuntura, 1999. La globalización, un enfoque marxista cubano. Asociación por la Unidad de Nuestra América. No. 1. Enero 1999. La Habana, Cuba.

AUNA, 1999. Boletín electrónico semanal. Asociación por la Unidad de Nuestra América. La Habana, Cuba.

Amin Samir, 1996. Les défis de la mondialisation. L'Harmattan / Forum du tiers monde, Paris.

Aristóteles, 1993. La Política. Espasa-Calpe mexicana. México.

Calvo Buezas Tomás, 1998. La patria común iberoamericana. Amores y desamores entre hermanos. Cauce Editorial. Madrid, España.

González Casanova Pablo, 1992. Paradigmas y ciencias sociales. Conferencia dictada en la Universidad Autónoma de Puebla. 12 Marzo de 1992. Puebla, México.

Gramsci Antonio, 1973. *Contra el pesimismo. Previsión y perspectiva*. Ediciones Roca. México.

Gramsci Antonio, 1988. *Antología*. Siglo XXI editores. 11a. Edición. México.

Hernández Juárez Francisco, López María Xelhuantzi, 1993. *El sindicalismo en la reforma del Estado. Una visión de la modernización de México*. Fondo de Cultura Económica. México.

Le Monde diplomatique, 1997. *Régimes globalitaires*. Par Ignacio Ramonet. Paris. Janvier, 1997.

<http://www.monde-diplomatique.fr/1997/01/RAMONET/7581.html>

Marx-Engels, 1978. *Manifiesto del Partido Comunista*. Ediciones de Cultura Popular, México.

Medina Ignacio, 1998. *Estado benefactor y reforma del estado*. Revista Espiral. Universidad de Guadalajara. No. 11. En-abril 1998. México.

Monroy Gómez Mario B., 1995. *Los saldos de la crisis*. Servicios Informativos Procesados (SIPRO A.C.). México.

SIENA. 1999. *Servicio de informaciones especiales de Nuestra América*. Año I. Número 13. Argentina. 6 de julio de 1999.

Touraine Alain, 1997. *Pourrons-nous vivre ensemble? Egaux et différents*. Ed. Fayard. Paris.

NOTAS:

Simplemente habría que consultar todo el dossier que ha publicado Le Monde Diplomatique, en Junio de 1997 con el título *La mondialisation est-elle inévitable?* La discusión se enfoca a las tesis liberales que promociona el Financial Times y el semanario The Economist en relación a la doctrina de la economía de mercado y el libre cambio, mientras que Le Monde se enfoca a una Europa de políticas comunes criticando la zona de libre cambio como un simple segmento del mercado mundial y considerando que la economía debe ser puesta al servicio de la sociedad y no a la inversa (<http://www.monde-diplomatique.fr/1997/06/A/8772.html>).

“Según el Informe del Desarrollo Humano correspondiente a 1997 que elabora el PNUD de la ONU, entre 1989 y 1996, el número de individuos con un patrimonio superior a los mil millones de dólares, aumentó de 157 a 447. La riqueza neta de las 10 personas más opulentas del mundo es, como promedio, de 133,000 millones de dólares: 1.5 veces superior que el ingreso nacional conjunto de

todos los países definidos por la ONU como "menos adelantados" (Suárez, en AUNA, Análisis Coyuntura, 1999:41).

Dice el Dr. Silvio Baró: "Si vemos el AMI sencillamente como un acuerdo de inversiones, no se entiende nada. Pero si se lee la letra del AMI y se comprende que él supone equiparar las empresas transnacionales a los gobiernos, subordinar los gobiernos a los dictados de las empresas e incluso dismantelar las políticas nacionales de todo tipo -ambientales, sociales, económicas- a lo que quisieran las empresas, sencillamente, ahí tenemos el máximo elemento de desbrozamiento de terreno al que aspira el gran capital transnacional" (AUNA, Análisis coyuntura, 1999:34).

En la UNAM, en un acto, en el Auditorio del Instituto de Astronomía, de la Federación de Colegios del Personal Académico (FCPA), el 6 de julio de 1999, los invitados especiales Manuel Peimbert -investigador y premio nacional- y Elena Beristáin -académica emérita y miembro del Colegio de Profesores de la Facultad de Filosofía y Letras- coincidieron en estos señalamientos: hay grandes desigualdades de México en materia educativa en relación a los países miembros de la OCDE, quienes brindan educación media superior al 100% de sus jóvenes y 50% en el nivel de licenciatura; sin embargo, en México sólo se atiende a 17 de cada 100 personas -de entre 20 y 24 años de edad- en las universidades del país, además que el número de científicos, en relación con la población, es de uno por cada 10 mil habitantes, mientras que en Estados Unidos y otros países industrializados la proporción llega a ser de entre 20-40 investigadores por cada 10 mil; de hecho, las políticas del FMI hacia los países latinoamericanos plantean convertir a las instituciones educativas en Asimple maquiladoras (Periódico La Jornada. 7 julio 1999).

En las previsiones de los grandes centros industrializados, el destino de América Latina ya está sellado: Atodo parece indicar, de acuerdo a las tendencias del mercado libre y espontáneo, que Latinoamérica (incluido el Caribe), que representa el 6.1% del producto bruto planetario, o sea, menos que el producto bruto interno de Alemania sola, será asimilada por una de las hegemonías de la tripolaridad geoeconómica, al menos que suceda algo impensable (AUNA, 10 mayo 1999).

Un ejemplo de esta convergencia fue la alianza suscrita en febrero de 1992 entre los Communications Workers of America, de los Estados Unidos, los Communications Workers of Canadá, y el Sindicato de Telefonistas de la República Mexicana (STRM), con propuestas de intercambio de información, experiencia y apoyo en el campo de las telecomunicaciones.

La frase corresponde al presidente de Guatemala en 1993, en la realización en la ciudad de Antigua Guatemala, el 26-29 de abril de 1993, en el marco de la reunión `Cumbre del pensamiento: visión iberoamericana 2000', que resaltaron la importancia de la cultura en la construcción de la nueva comunidad iberoamericana. La extensión del concepto de Latinoamérica a Iberoamérica está expresada en un magnífico trabajo del Dr. Tomás Calvo Buezas en su libro: La patria común iberoamericana. Amores y desamores entre hermanos. Este libro tiene como sustento un extenso trabajo de varios años a partir de un cuestionario aplicado a 43,816 escolares de 21 países iberoamericanos.

Los tres conceptos (Latinoamérica, Panamérica e Iberoamérica) representan diversas vías para la integración, que pueden llegar a diferentes resultados debido a la concepción subyacente en cada uno. En otro trabajo titulado ADiversos caminos para la integración≅ he profundizado en el significado de cada una de las estrategias junto con sus posibles convergencias y diferencias.

La idea de la conversión en sujeto y actor social está ampliamente desarrollada por Alain Touraine en uno de sus libros anteriores: Crítica de la modernidad. Temas de Hoy. España, 1994